

Un año de Francisco a León: los signos de la primavera

Se dice que las imágenes y los gestos mueven más que las palabras. Y en la primavera romana del año 2025, hasta la naturaleza pareció despertarse para contemplar lo que estaba ocurriendo en la Iglesia. El Papa Francisco apareció por última vez el Domingo de Resurrección, el 20 de abril, para bendecir a su pueblo desde la Plaza de San Pedro: una asamblea orante y preocupada por su salud, que presentía ya la despedida de su Pastor. Al día siguiente, el Lunes de Pascua, fallecía en la Casa de Santa Marta. Esta misma asamblea, convertida en muchedumbre doliente, le dio la última despedida agolpándose a lo largo de las calles romanas por donde pasó el corteo fúnebre hasta Santa María la Mayor, donde descansan sus restos. La ciudad de Roma, con su historia religiosa y profana, con sus Iglesias barrocas y las ruinas de los templos romanos, exhibió todo su esplendor, símbolo de una Iglesia que debe caminar en equilibrio entre tradición y modernidad, trascendencia y encarnación, gozos y esperanzas.

Pocos días después, el 8 de mayo del 2025, nuevamente se llenó la Plaza de San Pedro. Esta vez los ojos de los miles de fieles apuntaban hacia la chimenea de la Capilla Sixtina, aguardando la tradicional fumata blanca. Una gaviota se posó sobre la chimenea, como para simbolizar que esta espera no era solo cosa de hombres, sino de toda la creación. La Iglesia Universal, en sede vacante, necesitaba el don de un nuevo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra.

Finalmente, Robert Prevost, Papa León XIV, se asomó al balcón de la Basílica de San Pedro para bendecir al pueblo. Aunque portaba la solemne muceta y estola que el Papa Francisco –el obispo jesuita de las periferias bonaerenses– había rechazado doce años antes, el rostro del nuevo Pontífice denotaba la misma sencillez, esta vez del misionero agustino que siempre buscó esconderse entre la gente humilde de su Chiclayo peruana.

Los apuntes de su discurso inicial, escritos rápidamente en un cuaderno, y sus palabras de paz, nos remontaron a aquella tarde del 13 de marzo de 2013, cuando el primer papa sudamericano se dirigía a los fieles con un escueto y entrañable «*Fratelli e sorelle, buonasera*». Doce años después, León XIV, sirviéndose de las palabras de Jesús Resucitado, nos ofrecía y deseaba la paz: una paz «desarmada y desarmante».

Símbolos e imágenes. El mundo entero siguió los últimos momentos de Francisco, su funeral, y acogió expectante al primer papa norteamericano, pero también peruano, misionero y religioso de la Orden de san Agustín.

Todavía es pronto para evaluar o comparar ambos magisterios pontificios. A una primera y superficial observación se diría que se trata de dos personalidades diametralmente opuestas. Francisco parecía tener prisa: las reformas no podían esperar, y pocos lograron entenderle o seguirle el paso. El Papa León XIV, en cambio, ha sido acusado de lentitud y pasividad. Sin embargo, ya se están perfilando las líneas fundamentales de su pontificado: la continuidad en la preocupación por las periferias existenciales, la invitación constante a la paz, el contacto inmediato con los fieles, pero también los problemas relacionados con la Inteligencia Artificial y el transhumanismo.

Gracias a Dios, la Iglesia no se gobierna como una multinacional ni se evalúa como un gobierno. Sus tiempos son otros, más lentos y más hondos. Quizás la calma que algunos confunden con pasividad en León XIV no sea sino la pausa necesaria tras doce años de un pontificado que sacudió conciencias y estructuras. Francisco sembró con urgencia y valentía; León XIV, hijo de Agustín –ese buscador incansable de la verdad y de Dios–, parece estar labrando la tierra antes de volver a sembrar, leyendo los signos del tiempo con la paciencia del que sabe que la historia de la Iglesia se mide en siglos y en obras de caridad, no en titulares ni *likes*.

Un año es poco para juzgar un pontificado, pero es suficiente para reconocer un estilo. Y el estilo de León XIV habla de un hombre que no llegó para borrar a su predecesor, sino para continuar desde él. La gaviota sobre la chimenea de la Sixtina, la muceta y la estola recuperadas con discreción, las palabras de paz escritas en un cuaderno antes de salir al balcón: son señales pequeñas, pero en la Iglesia, como en la naturaleza, la primavera no llega de golpe. Llega despacio, flor a flor, y después no hay quien la detenga.

Ecclesia *

* El presente editorial ha sido preparado por el P. Marcelo Bravo Pereira, L.C., profesor de teología y director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.